

MIS PRIMEROS AÑOS

Mis más tempranos recuerdos se sitúan en el gran edificio blanco de dos pisos, con bello jardín y amplio patio sombreado de cauchos y almendros, del internado para estudiantes del Colegio Americano, del que mis padres eran administradores. El internado estaba donde hoy se encuentra el Teatro Colón, en la esquina del callejón del Líbano y la calle del Sello, diagonal a la tienda “El Pacífico” de Cándida Álvarez, mi abuela paterna de origen momposino, que la atendía personalmente.

Son mis dos abuelas, Cándida (*Chacha*) y Anita (*Micha*) las que sobresalen para mí en esa primera época, más que mi madre, María Borda, a quien debo no obstante las posteriores influencias formativas de mi juventud. Debajo de las faldas de las dos abuelas recibí amante protección de la “penca” de mi duro padre Enrique Fals. Éste compensaba misericordioso las “limpias” con fabulosos libros de cuentos y biografías de héroes que publicaba la Editorial Sopena, como las de Viriato y los de la caída de Numancia, que todavía me impresionan.

La Chacha me embelesaba con los dulces de la tienda, en especial con las bolitas de tamarindo, y yo le retribuía ayudándole a repartir y empacar al detal los granos, las panelas y los quesos. La Micha, de la distinguida familia Angulo de Calamar, me enseñó el primer cántico, las líneas iniciales del pasodoble español “Valencia, tierra hermosa”, que yo tarareaba en público,

inexplicablemente según ella, en las ocasiones más inesperadas. A la Chacha también le debo conocer y manejar el autopiano y mi primera excursión en coche. Éste era un convertible Fiat larguísimo que ella le había comprado a su yerno italiano Vicente Carleo para que lo empleara en el transporte desde su finca lechera de Santo Tomás a Barranquilla por el polvoriento camino de Soledad a Palmar de Varela.

No llegué a conocer a mi abuelo paterno, Alfredo Fals y Corona, comerciante de origen catalán que había emigrado a Barranquilla, pasando por Cuba, a principios del siglo, junto con su hermano Enrique, un empresario de toros y casinos, porque había muerto poco después de casarse con Chacha en Magangué. Al abuelo materno, el ingeniero bogotano Carlos Borda Monroy, por sus perennes viajes de prospección de petróleo en la costa, no llegué a conocerlo sino en Barranquilla, poco antes de morir, cuando vivió con nosotros y con sus hijos “naturales”, mis tíos Rita y Toño, durante los últimos meses de su existencia. Lo recuerdo como un patriarca alto y serio que me pedía le llevara los periódicos todos los días. En cambio, sigue viva conmigo la imagen de mi bisabuela Cristina Machado, madre de la Chacha, nacida en Pijiño, cerca de Mompo, una anciana de origen chimila vestida de largo faldón de cumbia, que amasaba y costaba sobre bindes los mejores casabes de yuca del barrio.

Más que los alumnos internos del colegio, mis compañeros de juego eran los hijos de la cocinera negra principal, Estébana, con quienes me las pasaba jugando al trompo, bolitas, carreras y al burro, como cualquier otro niño costeño. No recuerdo de peleas. Aparte de mis cinco hermanos menores, otro grupo infantil lo constituía con mis primos Anaya Angulo, hijos de la tía Toña, hermana de la Micha, y de su esposo el señor Ramoncito, a quien llegué a admirar por su serenidad que, curiosamente, se reflejaba para mí en sus lentes de aro. Más tarde, de uno de los Anaya, Benjamín (*Mincho*), recibí la revelación de la música moderna que tanto me ha atraído desde entonces, con unos discos viejos de Wagner y de la sinfonía de Frank que escuchábamos en su victrola.

Pero el clímax de la emoción venía con las temporadas que pasábamos en la casa del colegio, a la orilla del mar y al borde de las carrileras del tren, en Salgar, a pocos kilómetros de Puerto Colombia. Allí aprendí a nadar y a no tenerles miedo al agua y al sol, a aguantar el jején de las tardes y la picazón del aguamala. Recuerdo en especial a un niño pescador mayor que yo, con quien me la pasaba jugando en el mar y haciendo excursiones al cercano castillo (las ruinas del edificio de la aduana) por un empinado camino lleno de pringamozas. Él fue una de las primeras personas distintas de mi familia a quien llegué a querer. Quizás premonitorio de las relaciones con gente humilde de mi tierra y de los Andes que fui desarrollando a lo largo de mi carrera profesional.

De pautas represivas de conducta, aparte del “fuate” de mi padre, recuerdo los cuentos de las abuelas sobre aparatos nocturnos, como el jinete sin cabeza que nos obligaba a acostarnos temprano, como ocurrió cuando viajamos con toda la familia en vacaciones a Riofrío, al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. De resto, mi tío Carlos Borda Angulo, a quien quise mucho, me llevaba al cine al Teatro Rex, donde vimos juntos al furibundo King Kong; e iba con los alumnos internos todos los domingos a la Escuela Dominical de la iglesia presbiteriana de la calle Sello. Allí aprendí a cantar con los himnos congregacionales, algunos de buena inspiración musical por haber sido compuestos por genios como Haydn. Más tarde, ya adolescente, llegaría a ser superintendente de dicha Escuela y a intentar allí algunas innovaciones organizativas, como competencia entre grupos de fieles, que no fueron del total agrado del pastor, don Manuel Escorcía.

No obstante, del reverendo Escorcía recuerdo su hospitalidad por el uso de la mesa de ping-pong y por la vóctrola, con la que me extasiaba oyendo el Miserere de *El Trovador* de Verdi. Después me alié con el joven violinista Luis Biava, a quien admiraba mucho (y después más como director de la Orquesta Sinfónica Nacional), para que animara los cultos.

Me hice amigo del joven misionero Darrell Parker, poseedor de una bella voz de tenor y director del coro, al que ingresé con gusto. Allí interpretábamos piezas corales excelentes, como las de

Victoria y Palestrina, que no se estudiaban ni en el conservatorio. Cuando regresé de Estados Unidos, yo mismo dirigí el coro de esta iglesia y después de Bogotá, cuando me atreví a interpretar, por primera vez en Colombia, una cantata de Bach: el *Oratorio de Navidad*; se hizo con éxito gracias al apoyo del genial organista Alvin Schutmaat (la viuda de Alvin, Paulina, fundó hace poco la Orquesta Filarmónica de Barranquilla, y me hizo el honor de interpretar una composición mía para violín, parte de un oratorio que compuse no sé cómo, en una de aquellas ocasiones sagradas).

Es mucho, pues, lo que mi musicalidad debe a la Iglesia, en lo que puede ser una segunda dimensión de mi persona, tanto o más satisfactoria que la científica; en realidad pienso que la una me ha ayudado con la otra, si analizamos las estructuras multivocales de algunas de mis obras, que algunos críticos han llamado estereofónicas.

En general, guardo de mis primeros años una sensación de alegre fluidez y amplios horizontes con mucha tolerancia. A ello también contribuyeron las actividades de mis padres: Enrique, dedicado a la enseñanza y al periodismo, en lo que hizo una carrera extraordinaria (aspiró una vez a secretario de Educación del departamento del Atlántico); y María, quien fue fundadora de la Campaña Nacional contra el Cáncer y pionera de programas de radio en Barranquilla sobre cuestiones sociales y culturales, además de escritora de obras teatrales. Recuerdo una que escribió con el título de *Naamán el sirio*, basada en una historia bíblica, que se representó en el comedor del internado con alumnos y alumnas del Colegio Americano, todos ataviados de manera espeluznante, a la manera oriental. Crecí, pues, entre libros y cuadernos, discos, dramas y conciertos, lo cual no deja de explicar mi posterior inclinación intelectual.

Sentí que pasaba de la niñez a la adolescencia cuando mi papá dejó de darme libros de cuentos para pasar a tratados como *Los Vedas* y *Las cantigas de Alfonso el Sabio*. Me resultaron fascinantes porque abrieron el compás de mi visión del mundo. De la misma manera guardo agradecida memoria de mi paso por el Colegio Americano para Varones de Barranquilla, por los profesores y

alumnos que me enseñaron a entender la vida y sus realidades. En especial, el profesor Humberto Ortega, de historia y literatura, para quien preparaba primorosas notas de clase ilustradas con mis propios dibujos; el *Mono* Heberto Martínez y el profesor Patricio Orjuela, prefectos de disciplina, por quienes sentía un gran respeto; el maestro Pedro Biava, padre de Luis, quien me dio las primeras explicaciones directas sobre notación musical, ya que por fin había decidido aprender música solo, leyendo las entradas teóricas de la Enciclopedia Espasa; y el pastor Juan Cargano, organizador de excursiones, quien me abrió los ojos a las realidades geográficas y las riquezas propias de la región caribe.

Al pastor Libreros debo mi primer viaje por el caño del Clarín y salida por mar hasta Santa Marta en una de las lanchas del puerto fluvial (de allí el horrible mareo que todos los excursionistas tuvimos), cuando fuimos hasta Minca para subir a pie hasta Cerro Quemado, en la Sierra Nevada. Fui el único que llevó un diario de campo, donde cada noche fui anotando lo que observaba y datos varios de población y altura sobre el nivel del mar. No recuerdo de dónde me salió la idea, pero fui escrupuloso. Lo cierto es que allí brotó mi primer trabajo etnográfico. Resultó tan presentable, que mi papá lo llevó al diario *La Prensa* para publicarlo, lo cual se hizo. Tal fue mi primera salida como autor.

Siguiendo el buen ejemplo de los trabajos de alcance social de mi mamá, quien llegó a ser todo un personaje nacional e internacional (representó a la mujer colombiana en Chile y otros países), llegué a presidir la Sociedad de Jóvenes Presbiterianos. Organicé una campaña cultural para pagar el viaje de uno de los compañeros, Héctor Valencia, a un congreso nacional. Tanto de Héctor como de otros amigos, como Eugenio Illidge, asimilé técnicas de dirección colectiva: por ejemplo, de ellos aprendí a hablar en público, lo que antes hacía mal y atropelladamente, en la jerga costeña.

Este contacto con el grupo juvenil me ayudó a desarrollar también algunas capacidades ejecutivas. Trabajaba con pocos elementos, de modo que había que improvisar y crear. Así, en algunas fiestas se ofrecía chicha de mamón, aprovechando el fru-

to del árbol que crecía en el patio de la casa. Nos expresábamos también según el talento de cada cual, con recitaciones, cantos, dibujos. Más tarde, cuando me reincorporé al grupo, al regresar de los Estados Unidos, como directivo añadí deportes, dramas (representamos *El avaro* de Molière) y pintura con el maestro Alejandro Obregón, quien entonces comenzaba su espectacular carrera. También colaboró mi compañero de aulas, el futuro novelista Álvaro Cepeda Samudio.

Esta tendencia juvenil a la creatividad y a la informalidad, que sentí apoyada por el tolerante y festivo ambiente barranquillero de la época, me llevó a escribir mi primera y única novela: *El hijo de Bolívar*. En ello volvió a jugar el amor por las abuelas. Micha había quedado ciega por cataratas, y Chacha, en una clásica mecedora, le leía casi todos los días un capítulo seriado de una novela romántica publicada en Madrid. Decidí contribuirles con mi propia producción, lo que las llenó de alegría aunque comprensiblemente no de mucho interés por el tema de ficción histórica que había escogido. No pasé del tercer capítulo. Pero ahora se me hace curioso que ese matrimonio entre imaginación y documentación hubiese aflorado en mí al escribir medio siglo después *La historia doble de la costa*.

Otro personaje influyente en mi vida juvenil de esos años formativos fue don Rafael Borelly, un “anciano gobernante” de la iglesia de la calle del Sello que no sólo prosperó como honrado comerciante, sino también como político, llegando a ser alcalde de Barranquilla a pesar de ser evangélico, algo muy raro en Colombia. Me dio ejemplo de eficacia ejecutiva, desprendimiento económico y amor, no sólo por sus diezmos que constituían la mitad de las entradas de la iglesia, sino porque, cuando mis padres no pudieron sostener por un tiempo a la familia, don Rafa y su esposa Atala me adoptaron como hijo, así que dormía y comía en su casa a la par con los 12 hijos que tenían. Más adelante, la vida y la evolución del país, que toleraría el avance de los no católicos, me darían aquellas mismas oportunidades en la gran política que tuvo don Rafa, a quien recordé por ello en diferentes oportunidades.

Llegó el momento crucial de separarnos de la costa para ir a Bogotá, cuando realicé el primero de muchos viajes por el río Magdalena, esta vez con el resto de la familia, ya que mi padre iba a adelantar estudios en la Universidad Javeriana de Bogotá. De aquel viaje atesoro la alegría de la banda de músicos en el barco, los bailes a bordo encabezados por el capitán Ernesto Mac Causland, la dormida en catres y hamacas al aire libre, la increíble maestría de los prácticos en maniobrar el barco por las noches. Nunca nos varamos.

Una vez en Puerto Salgar, viajamos en tren hasta Villeta, donde papá dispuso pernoctar para aliviar la subida a la sabana y el golpe de frío. Más que el frío, lo que más nos impresionó fue el peso de las cobijas al dormir, y también las pulgas y el puñadito de arroz en las comidas. Pero al llegar a Bogotá obtuve una visión más completa del país y de mi propia familia, al incorporar la parte cachaca representada por los Bordas, quienes nos dieron cálida acogida.

Del Colegio Americano de Bogotá recuerdo una interesante experiencia en autogobierno tolerada por la dirección. Elegimos presidente del cuerpo estudiantil a un futuro dirigente evangélico, Julio Quiroga. Vestía de bombachos mientras que yo todavía iba de pantalones cortos. Conformamos así un senado con representantes de cursos. Admiré a aquellos dirigentes sin saber cómo involucrarme en sus campañas. Mucho después se me darían oportunidades similares en la vida real.

Al pasar el tiempo y el fragoso período de la adolescencia, me sentí todavía como un niño, demasiado amarrado a la casa. De la protección de mis padres, cuyas obligaciones crecían, debía dar el salto a la libertad. Ello se me ocurrió alcanzable sólo siguiendo la carrera militar, que era lo diametralmente opuesto a lo que había venido haciendo. Me propuse hacerme hombre como oficial del Ejército.

Con la generosa comprensión de mis padres, quienes vendieron una pequeña casa que tenían en Las Delicias para ayudarme con los gastos, partí de nuevo hacia Bogotá, esta vez en avión, para presentarme a las pruebas de admisión de la Escuela Militar de

Cadetes. Resultó una aventura muy arriesgada que no medí con cuidado. Sólo gracias a la intervención de mi admirado primo, el escritor Jorge Zalamea Borda, entonces secretario privado del Presidente López Pumarejo, pude entrar a la Escuela. Fue duro para mí, especialmente por el aislamiento que sólo mis primas Bordas aliviaban con sus visitas semanales y los milhojas del Palacio. Pero nunca me arrepentí de haber ingresado, porque fue allí donde conocí la gran importancia del orden y el íntimo sentido del compañerismo, aparte de que aprendí a convivir con compatriotas de todas partes. Desde entonces no olvidé a mis socios de banca, algunos de los cuales llegaron a generales de la República: Puyana, Matamoros, Matallana, Martín, Valencia Tovar. Fue otra experiencia que enriqueció mi vida, aunque no la llegaría a recomendar a otros.

La salida de la Escuela Militar al siguiente año fue una historia compleja, en la que mi madre tuvo papel definitivo. Ocurrió entonces otra reorientación crucial, pero ya estaba bastante maduro como para adoptarla por mí mismo: en efecto, había dejado atrás no sólo la adolescencia, sino también la provincia.